

San José, Costa Rica

1925

Lunes 5 de Enero

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *El maestro de escuela*, por R. Tagore.—*Alma Mater*, por Omar Deugo.—*María Cristina*, por Froylán Turcios.—*Baldomero Sanín Cano*.—*Canciones, Villancicos, Esperas*, por Carlos Barrera.—*Transformación conceptual de la enseñanza pública*, por Leopoldo Lugones.—*Juicio de Luna Park*, por León Pacheco.—*A solas*, por Julio Mercado.—*El último billete*, por Froylán Turcios.—*Las tres claridades*, por José Vasconcelos.—*Glosas*, por Eugenio D'Ors.—*Impresiones de arte* (continuación), por Rubén Yglesias Hogan.

El maestro de escuela

(De *La Nación*, Buenos Aires)

Si cincuenta años atrás un profeta hubiera venido a decirme que yo discutiría mis ideas sobre educación, habría sorprendido hasta la imaginación de un poeta. Porque supongo que, a lo menos, algunos de vosotros sabéis que desde los trece años apenas si estuve en una casa de enseñanza, hasta el presente, que tengo hecha mi reputación de poeta y que he sido invitado a pronunciar conferencias. Cuando me creí obligado por el deber a abrir una escuela para niños, no tenía sino poca experiencia de la educación. Quizás esto haya sido una ventaja para mí. Puesto que no me sentía encadenado por las doctrinas estrechas y secas de la educación, tuve que hacer mi propia experiencia en los hechos y en los fracasos. Adquirí perfecta conciencia, cuando era joven, de lo que es erróneo en la educación. Esto fué lo que me separó de la escuela y lo que me decidió, cuando era ya viejo, a fundar una institución en la que no se cometieran algunos de esos errores, que me habían hecho sufrir en la niñez.

Cuando tenía alrededor de cinco años y me ví obligado a asistir a la escuela, todo mi corazón se rebeló contra ese ordenamiento, en que faltaba el tinte del color, el interés de la vida: donde las lecciones no tenían relación ninguna con la vida y sus problemas, y al que yo había sido expatriado del paraíso en que nací, donde la naturaleza se expande llena de belleza; y esto no por ningún crimen, sino por haber nacido ignorante. Me ví expatriado dentro de una jaula donde la educación se impartía de afuera, como se alimenta a los pájaros. Mi corazón sintió toda la indignidad de semejante tratamiento, aunque era todavía joven en aquel momento.

Nuestro sistema de educación se niega a admitir que los niños son niños. Los niños son castigados porque no pueden comportarse como la gente madura y tienen la impertinencia de ser fastidiosamente infantiles,

No saben o se niegan a reconocer que tal es la providencia de la propia naturaleza y que los niños, con su mente y sus movimientos inquietos, siempre reciben la impresión de los hechos nuevos y tropiezan con conocimientos nuevos. El niño se transforma así en el campo de batalla de la lucha entre el maestro de escuela y la madre naturaleza.

El maestro de escuela es de opinión que el mejor medio de educar un niño es por la concentración del pensamiento, pero la madre naturaleza sabe que el medio mejor es la dispersión del pensamiento. Por la extensión de la energía men-

tal, cuando somos niños, conseguimos acopiar los hechos entre sorpresas inesperadas. La sorpresa nos proporciona ese choque necesario para darnos intensamente la conciencia de los hechos de la vida y del mundo. Los hechos deben llegar frescos al niño para sobrecoger su mente en plena actividad. Tal actividad era considerada intolerable por el maestro de escuela que reinaba en la clase a la cual estaba yo obligado a asistir. El maestro decía que yo tenía que ser pasivo, y mi mente se rebelaba a cada momento, porque la madre naturaleza me alentaba a no aceptar nunca la tiranía de ese hombre.

Lo que es importante en la vida del niño es la imperiosa demanda del propósito. En la edad adulta, pues que hemos hecho de nuestra vida un fardo de propósitos poco definidos, excluimos todos los hechos que no entran dentro de sus fronteras. Nuestro propósito ocupa toda la atención de la inteligencia en sí misma e impide la vista clara de la mayor parte de las cosas de nuestro alrededor; construye un cauce angosto para nuestra idea deliberada, que busca su fin por caminos estrechos. El niño, puesto que no tiene objeto consciente de vida fuera de la vida misma, puede ver todas las cosas de su derredor, puede escuchar cada voz, con perfecta libertad de atención, puesto que no tiene que ejercer la elección en la adquisición de sus conocimientos. Da rienda suelta a sus inquietudes, que conducen a su pensamiento a chocar contra sus experimentos. Como el agua que corre sobre las piedras, se arroja sobre los obstáculos, y entre ellos adquiere cada vez mayor velocidad.

Pero el maestro de escuela tiene su propio propósito. Quiere moldear la mente del niño de acuerdo con sus doctrinas hechas y, en consecuencia, quiere apartar del mundo del niño todo lo que considera que va en contra de sus propósitos. Excluye todo el mundo del color, del movimiento, de la vida, en su plan de educación, y arrebatando a la desgraciada criatura del corazón materno de la naturaleza la encierra en su prisión, creyendo, por cierto, que la cárcel es el medio más seguro de hacer progresar la mente del niño. Esto sucede sólo porque él mismo es una persona madura y porque, cuando tiene que educarse a sí mismo, se ve obligado a decidir deliberadamente el curso de su tema y de su materia. Piensa entonces, naturalmente, que, al educar al niño, esa suerte de elección es buena cuando es exclusiva, que los niños deben observar hechos especiales y que tienen maneras